

## RESEÑAS

plementos heurísticos, limitar y reorientar el sentido final de la teoría de la justicia en Hegel, dándole otro cariz.

P. ej., el multiculturalismo valorativo de Taylor se acabó decantando a favor de un politeísmo axiológico similar al de Weber; el comunitarismo político de M. Walzer se legitimó en nombre de un republicanismo deliberativo similar al de Montesquieu y Tocqueville; y finalmente, la ética comunitarista de MacIntyre se legitimó en nombre de una teoría eudemonista de las virtudes cívicas al modo aristotélico. Sin embargo, el autor rechaza este tipo de prolongaciones. En su opinión, la teoría crítica debe volver a justificarse en un núcleo dialéctico válido por sí mismo, ya sea en virtud de unas acciones originarias del yo (*Tathandlungen des Ich*) al modo de Fichte, o, dando un paso más, en nombre de una voluntad general libre, al modo de Hegel.

Carlos Ortiz de Landázuri  
Universidad de Navarra  
cortiz@unav.es

HUTTO, D. D., *Folk Psychological Narratives. The Sociocultural Basis of Understanding Reasons* (MIT Press, Cambridge (MA), 2008), 343 pp.

La *Folk Psychology* (FP) es nuestra muy humana “práctica de hacer sentido de las acciones intencionales, recurriendo a las creencias y a los deseos del agente como responsables de éstas” (p. IX). En esta disciplina, bastante específica de la filosofía anglosajona, existe desde hace años una supremacía de los llamados *nativistas*, que consideran que esta capacidad consiste en algún tipo de herencia biológica, que hace que todos estemos en posesión de ciertas cajas negras o módulos mentales que nos permiten hacer ese trabajo. Con lo cual, resulta creencia común que la capacidad humana para usar la FP es un rasgo universal de nuestra especie.

Este libro se opone a este lugar común y sostiene que nuestra capacidad para entender las acciones intencionales en términos de razones tiene una base fundamentalmente sociocultural. En concreto, el autor intenta evidenciar lo que él llama la Hipótesis de la Práctica Narrativa (NPH), según la cual nuestros encuentros directos con historias sobre personas que actúan por razones —suministradas por nuestros cuidadores en contextos interactivos— son el modo normal a través del cual los niños se familiarizan con a) la estructura básica de FP y b) las diferentes normas y

posibilidades para poner la FP en práctica, aprendiendo cómo y cuándo usarla.

La primera crítica tanto a los nativistas como a los simulacionistas (la oferta alternativa en el mercado filosófico de la Teoría de la Mente), que vendrían a defender que aprendemos la FP poniéndonos en la piel de terceras personas, es que sus métodos de entender al otro no son los fundamentales sino los métodos complementarios que a veces nos vemos compelidos a utilizar para entender determinadas narraciones. La mirada en tercera persona, separada del objeto humano de observación, no es el modo primario según el cual entendemos las acciones intencionales. De hecho, si así fuera, no entenderíamos la mayoría de las acciones que observamos. Hay acciones que entendemos por el contexto social en que se realizan. Como afirma Bruner: “cuando las cosas son *como deberían ser*, las narraciones de la FP son innecesarias” (J. Bruner, *Acts of Meaning* (Harvard University Press, Cambridge (MA), 1990, p. 40). Y cuando esto no funciona, “nuestra mejor posibilidad, de lejos, es la de confiar en las revelaciones del otro: los autores de las acciones están inigualablemente bien situados para explicar sus razones por ellos mismos”. Y, aunque “a menudo la gente miente o se auto-engaña acerca de por qué actúan [...] tenemos métodos muy fiables para comprobar y cuestionar tales testimonios cuando es importante hacerlo, como en los casos legales” (p. 6).

Otras críticas, tanto en el nivel ontogénico como en el filogenético, van surgiendo en el proceso de explicación de su propia alternativa, la mencionada NPH. Para esto se pregunta qué debe tener un hombre capaz de usar la FP. Los prerequisites según él son cuatro: (1) Una comprensión práctica de las actitudes proposicionales (creencias y deseos); (2) Capacidad para representar los objetos a que éstas aluden; (3) Una comprensión de los principios que gobiernan la interacción de tales actitudes, tanto entre ellas como con otros actores psicológicos importantes tales como la percepción y la emoción; (4) La habilidad para aplicar todo lo anterior con una cierta prudencia.

El autor empieza dando razón de (3) y (4), para pasar posteriormente a (1) y (2). Así, de (3) y (4) dice que se adquieren claramente por el contacto que los niños tienen con diferentes tipos de narraciones: a) tanto aquellas que son objetos de atención en tercera persona (producciones espontáneas, relatos autobiográficos, cotilleos, artefactos culturales establecidos, cuentos para niños,...); b) como los actos de narración que constituyen las historias contadas en segunda persona. En concreto, explica mejor 4 que nativistas y simulacionistas, porque las narraciones son ins-

trumentos culturales que no sólo describen cómo son las cosas sino cómo deberían ser, permitiendo no sólo la comprensión de los principios de interacción entre actitudes proposicionales, sino la adquisición del elemento moral de la prudencia social en su aplicación. Las narraciones nos dan ejemplos de gente que actúa por razones en contextos socialmente apropiados.

En cuanto a la comprensión práctica de las actitudes proposicionales (1), Hutto establece una distinción entre animales y hombres. Los primeros, pese a parecernos que podemos explicar sus conductas por la vía de la reducción de sus acciones a deseos y creencias, no son capaces de actitudes proposicionales, en la medida que sus cerebros no son capaces de construir lingüísticamente las frases que dan contenido a sus deseos y creencias. El resto de animales no tienen actitudes proposicionales, sino meras *actitudes intencionales* sin contenido semántico. Así, cada animal sería un organismo sensible a ciertos signos naturales capaces de provocar ciertas transformaciones automáticas (sin implicar esto ningún tipo de mediación cognitiva): “estos signos naturales no dicen cómo las cosas son para guiar las acciones, sino que las guían directamente” (p. 55).

Con respecto a la capacidad para representar proposiciones (2), ésta está claramente vinculada a la posesión o no de un lenguaje-público, que nos permite razonar en última instancia. Pero la adquisición de esta capacidad en los humanos no sería algo natural o automático sino que vendría posibilitada por su gran imaginación y por un arduo trabajo de entrenamiento a través del tiempo, una vez dominados los símbolos del lenguaje público.

Pero, ¿cómo explica Hutto la comprensión de las creencias y de los deseos de los demás? La respuesta es que, para él, tales creencias y deseos inicialmente se entienden de un modo absolutamente no conceptual y encarnado. Sólo la combinación entre éstos —originados como actitudes meramente intencionales—, nuestra biológica capacidad imaginativa y la ardua adquisición del lenguaje, permite en el tiempo que los deseos y las creencias sean enriquecidos por un contenido semántico que los convierte en proposicionales y en el fundamento último de nuestra FP.

En lo que sigue, todo el peso de la argumentación se pone de nuevo en el ataque frontal a lo que el autor llamada la creencia en los *Inherited Mindreading Devices*, y se enzarza en una bizantina y dilatada discusión basada en lo que podemos saber de los cerebros de nuestros antecesores homínidos, que le hace perder al libro su extremo rigor científico dentro

## RESEÑAS

de su campo, para aventurarse en las lagunas de la evolución de los primates.

Se trata, pues, de una obra interesante porque nos da una alternativa clara tanto al nativismo como al simulacionismo, predominantes en la teoría de la mente, que, como bien demuestra Hutto, adolecen de talones de Aquiles teóricos y prácticos importantes. Sin embargo, al desencantar los deseos y las creencias como unidades del pensamiento práctico, encuentra importantes dificultades a la hora de explicar el paso de las actitudes intencionales a las actitudes proposicionales, lo cual no deja de ser uno de los problemas que los mentalistas nativistas preferían dejar en la caja negra de sus famosos y mencionados módulos. Otro factor que no deja de sorprendernos es su afirmación de que la narración es un elemento prácticamente universal, no natural, sino cultural, al modo de la agricultura. Es como si la condición humana no fuese la de ser narrativo sino la de ser un buscador de narraciones, como nos han dicho MacIntyre o Taylor. No somos una narración, sino que nos entendemos a nosotros mismos a través de ellas.

Jorge Martínez Lucena  
Universitat Abat Oliba CEU  
jmartinez@uao.es

JAREÑO, J., *Ética y periodismo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2009, 161 pp.

La discusión ética acerca de los límites y alcances del periodismo está constantemente presente en el debate público. En *Ética y periodismo* se aborda esta discusión desde una perspectiva filosófica, partiendo de una concepción de la persona como sujeto moral que está en una constante búsqueda del bien, para después profundizar en las implicaciones éticas de la misión del periodista.

En primer lugar, el autor se detiene en la consideración del ser humano como un ser relacional que requiere de la información para su desarrollo, tal como lo demuestra el lenguaje humano y su condición de ser social por naturaleza. De esta manera, ninguna persona puede desentenderse de la comunicación, pues vive imbuida en ella y de ella se sirve para interpretar la realidad. Este hecho es particularmente significativo a la hora de analizar cómo los medios modelan la percepción. La posibilidad